

# COCHABAMBA, SIEMPRE LEAL Y VALEROSA

## CON SU PUEBLO A LO LARGO DE LA HISTORIA

JOSÉ MACEDONIO URQUIDI\*

\* (Cochabamba  
1881 - 1978)  
Abogado,  
Historiador  
y Docente  
Universitario

### RESUMEN

Ensayo sobre la Contribución de Cochabamba a la Guerra de la Independencia de Charcas y de América. La primera versión de este artículo se publicó por primera vez en la obra monumental de *Bolivia en su Primer Centenario*, en 1925.

<Guerra de la Independencia> <Historia de Cochabamba> <Guerra contra España Colonial>

### ABSTRACT

A essay about the Independent war held in Cochabamba, Charcas and America, published earlier in the *Centenary Book of Bolivia* in 1925.

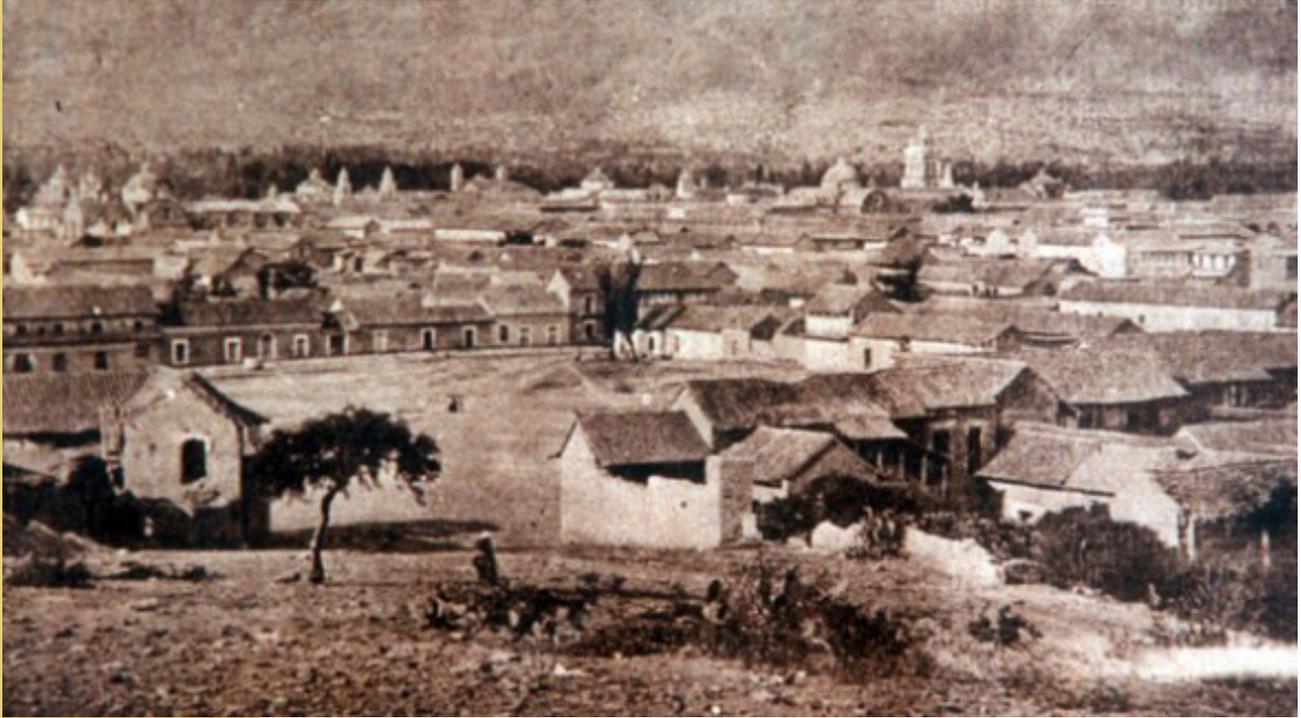
<Independent war> <History of Cochabamba> <War against colonial Spain>

### COCHABAMBA PRIMITIVA

Antes de la conquista y dominación de los españoles, la región conocida hoy con el nombre de Cochabamba, formaba parte del Collasuyo, una de las zonas en que se hallaba dividido el imperio incásico del Tahuantinsuyo. De la época prehistórica quedan algunos vestigios, que han sido principalmente estudiados por los sabios Haneke y Nordenskiöld. La región del Collasuyo fue conquistada e incorporada al imperio por el inca Kapac-Yupanqui, quien se aprovechó de las viejas contiendas de predominio de los poderosos caciques Kari y Chipana (o Zapalla) en los umbríos campos de Cochabamba. La gente de Tapacarí, con sus aliados de Sipesipe (en cuyos dominios se fundó la villa de Oropeza), sábese que ayudó al inca Viracocha con su famoso cacique Quispe (o Kespi) contra los charcas, hasta someter a esta tribu belicosa.

Comarcas fértiles y deliciosas, atrajeron también a los regios señores del célebre imperio cuzqueño del Sol, quedando memorias y edificios de notable arquitectura, en Tarahuana, Sacambaya, Rosariuni de Ayopaya, Pocona, Chiuchi, Rumichilca, Achamuko, etc., donde moraron transitoria, pero suntuosamente, en su paso a Charcas.





Cochabamba en 1915

Fuente: [www.bicentenario.cochabamba.gov.bo](http://www.bicentenario.cochabamba.gov.bo)

Los allegados regios, cuéntase que merecieron espléndida recepción en Taquiña (región amena del pie de la cordillera en el Cercado de Cochabamba), entre Linde (límite divisorio fijado por los comisionados incaicos, en los dominios de los caciques mencionados), y Mayorazgo, al N.O. de las hermosas campiñas de Calacala (región antes llamada Guairuro), siendo obsequiados con toda clase de fiestas y quedando, se dice, cautivados los regios personajes con la inaudita belleza de las mujeres del lugar “Taquiña”, vistoso y encantador, que de entonces recibió el nombre, que significa mansión de canto, en el dulce idioma del Apu-Ollanta, recordando placenteros episodios de la vida legendaria.

## ÉPOCA COLONIAL

La ciudad de Cochabamba fue fundada en tierra y población netamente incaicas, en los dominios de Chipani, sometidos por los Pizarro y Almagro, en el plano denominado en ese tiempo Canata, en una chacra de Garci Ruis de Orellana y tierras de P. Estrada y H. Pizarro, por en medio de la que pasaba el río denominado Condorcillo y hoy Rocha: una llanura casi al pie del Tunari, sumamente pintoresca y de espléndida vegetación y óptimos frutos; bajo un cielo benigno, de magníficas perspectivas. La fundación oficial de la Villa no se hizo en el lugar de Condepampa, perteneciente a Diego Balmaceda y otros que hicieron oposición tenaz

al primer comisionado del virrey Toledo, hasta apelando a la real audiencia de La Plata; sino donde actualmente se asienta. Para tal objeto había dado comisión, el virrey del Perú, a don Jerónimo de Osorio en 1572. Aquel designado primer corregidor de la Villa, se propuso efectuar su cometido y lo logró llegando a constituir el primer Cabildo Justicia y Regimiento de la llamada Villa de Oropeza, hoy Cochabamba, adquiriendo para ello una chacra de Garci Ruis de Orellana, uno de los primeros pobladores y terratenientes en la región de Canata, de quien adquirió los terrenos el primer y real fundador Capitán Jerónimo Osorio como consta en los documentos notariales del Archivo Histórico Municipal de Cochabamba. Y hallándose Toledo en la ciudad de La Plata o Chuquisaca, dio nueva comisión a Barba de Padilla (por cédula de 7 de diciembre de 1573). Durante los siglos de vasallaje a la Metrópoli, Cochabamba se desarrolló con los rasgos característicos de las poblaciones establecidas en América por los españoles; adquiriendo, con todo, particular importancia por lo privilegiado de su suelo y el carácter altivo e industrial y emprendedor de sus moradores, que en sus diferentes clases sociales, dieron muestras de temperamento aguerrido y audaz; tomaron parte notoria en las discordias civiles de los propios conquistadores, y en las diversas esferas de actividad acreditaron su pujanza y energía. Rápidamente se incrementó la

población, fundándose sucesivamente diversas villas y aldeas, y dando impulso a la agricultura y otras industrias. En verdad que la minería de la altiplanicie consumía muchas existencias, siendo la indiada de los valles, sacrificada en penosos trabajos en los asientos mineros de Porco, Potosí, Oruro, Huancavelica, etc., a donde la avidez española arrastró sin piedad a los labradores del país.

No es preciso detallar apreciaciones sobre el sistema restrictivo impuesto por España en sus colonias, poniendo trabas de todo orden; ni ponderar las cargas que pesaban sobre los vasallos, ni el rigor de los dominadores con la raza aborígena, escarnecida y expoliada, tanto que sus cruentos y largos padecimientos motivaron ruidosa protesta y levantamientos colectivos, ahogados en sangre, del modo más despiadado, no obstante de ser aquellos portadores de costumbres civilizadas y creencias humanitarias.

Si agobiados los aborígenes por un trato humillante, sobrellevaban la férrea sujeción, y sus infortunios parecían no tener término, otra clase social, exenta de privilegios irritantes, la mestiza, convivía su suerte colmada de miserias. Violentas sacudidas conmovieron hondamente a la colonia, ante los desmanes de ávidos y arbitrarios mandones, aunándose en lo posible las voluntades de las masas populares, con las de los naturales de éste y otros países hispano-indígenas.

Uno de los levantamientos más notables del Alto Perú, promovido con mira ostensible de echar abajo el régimen impuesto por la avasalladora conquista, fue el acaudillado por un oficial de platería, en la villa de Oropeza, en 1730: Alejo Calatayud, mozo valiente, que frisaba entonces en los 26 años (pues su madre, Agustina Espíndola, reclusa en un monasterio, a raíz del memorable suceso, dijo tener 42 años y la esposa del héroe y mártir, 22), concibió la insurrección famosa, hasta presentar un combate y batir las fuerzas del Rey que salieron en protección del comisionado revisador (Manuel Venero Balero), para levantar un nuevo empadronamiento de tributos, cosa que exacerbó al populacho. Los americanos estaban abrumados por las alcabalas y tanto abuso. Derrotado el jefe Cardoque y Meseta, la multitud exaltada al frenesí, sólo pudo calmarse por la mediación del clero. Los amotinados en número de 3.000 recorrieron calles y plazas, protestando de las abusivas autoridades reales y del pago excesivo de las gabelas sin taza;

rompieron las puertas de la cárcel, extrajeron presos, asaltaron las casas de varios españoles, y ocuparon la cumbre de la colina de San Sebastián, al S. de la villa, haciendo flamear durante la noche del 29 de noviembre, el estandarte rojo de la rebelión. Producido el choque sangriento, en la pampa inmediata de Jaiguaco y victoriosos los insurrectos, a las faldas de la colina histórica, gracias a la intervención mencionada del clero, formularon capitulaciones en cabildo abierto, con las autoridades regias, fijando con altivez las condiciones, sentándose el osado caudillo, con vara de alcalde en el recinto, en señal de mando. En ellas se estipuló no admitir corregidor europeo y elegir alcaldes criollos o naturales. El Cabildo, - ausente el corregidor de la villa Don Pedro de Rivera - eligió, en reemplazo de éste, a Francisco Rodríguez Carrasco (compadre de Calatayud).



*Alejo Calatayud*

Con la más cínica de las alevosías de que haya memoria, Rodríguez Carrasco, hechas las paces y aplacado el formidable tumulto, no tardó en forjar un plan tenebroso, contra el abnegado joven jefe de la "insurrección de la canalla plebeya" lo convidó a un banquete a su casa, lo prendió sorpresivamente y, cribado de heridas de puñal,



Calatayud fue encarcelado y sentenciado a la pena del garrote, exponiéndose en fragmentos sus despojos en la altura de la misma colina donde proclamó la libertad para americanos y mestizos, protestando contra la opresión y tiranía de que éstos eran víctimas de parte de fementidos mandatarios que vejaban y se enriquecían aún con preterición de las prescripciones protectoras y equitativas de las leyes de Indias, muy elásticas siempre en su aplicación. Santos Padilla, “por libelista,” fue también sacrificado.

Poco después ocurrió una nueva rebelión de los secuaces del precursor de la independencia cochabambina, que se levantaron en armas con gente colecticia de Quillacollo, Caraza y parte de la misma Villa de Oropeza (que llegó a ser ciudad medio siglo después). Nicolás Flores fue sacrificado, así como sus principales cómplices, confiscándoseles sus bienes.

En las sediciones y “alborotos” de esa época, que conmovieron los ámbitos del virreinato posteriormente, los de Cochabamba tuvieron participación, demostrando no quedar apaciguada del todo, ni resignada esa heroica población, a una dominación despótica y expoliadora en demasía.

Un suceso notable, en que no han parado mientes los historiadores nacionales, fue la memorable expedición capitaneada por don Pedro Ramón de Arauco y Chavarrí a Moxos y Mattogrosso, a repeler los avances portugueses de las posesiones españolas en las ardientes regiones del Guaporé o Itenes. Aquel famoso capitán llenó su cometido a la cabeza de 2.000 cochabambinos, con tanta audacia como acierto. En los papeles (inéditos) de Juan Carrillo de Albornoz, brillante oficial de aquella falange heroica, consta que esa campaña realizóse de 1763 a 1764; y probablemente influyó de un modo decisivo en la fijación de los límites lusitano-ibéricos en el tratado de 1777.

Demandará mucho espacio en esta somera relación, referir todos los eventos del colosal movimiento indigenal de 1780 y 81, promovido en el Alto Perú primero, por los Cataris de Chayanta, sacrificados con crueldad y al cual hizo eco el de Tupac Amaru con el Bajo Perú. La insurgencia o rebelión, de sangrientos episodios, de los naturales y mestizos de estas tierras, avivando las de las provincias del Norte, puso en jaque constante a las autoridades y fuerzas monárquicas debeladoras.

Arrostraron con admirable heroísmo aún varias mujeres, cruentas represalias, siendo condenadas algunas al último suplicio, según reza en los documentos auténticos de aquel tiempo luctuoso.

Y también con fuerzas organizadas en tierra cochabambina, los jefes españoles Ignacio Flores y José Reseguín pudieron conjurar la sublevación exclusivamente aborigen de Apaza, y poner término al sitio de La Paz, próxima a sucumbir.

Las hazañas de los hijos de Cochabamba fueron, en uno y otro bando, de recuerdo imperecedero.

El Rey Carlos III confirió a la ya renombrada Villa de Oropeza el título de ciudad Leal y Valerosa (mayo 26 de 1786). No obstante, Cochabamba demostró ser siempre leal y valerosa hacia su pueblo y no así a la reyecía.

El gobierno de Santa Cruz de la Sierra tuvo por capital a la ciudad de Cochabamba (que así comenzó a llamarse desde entonces), extendiendo su jurisdicción al vastísimo territorio que constituye hoy los departamentos de Santa Cruz y Cochabamba.

En el último cuarto de siglo cupo a la provincia de que era capital la ciudad de Oropeza, del valle de Cochabamba, una autoridad ejemplar: el célebre Gobernador-Intendente don Francisco de Viedma y Narváez, benefactor, economista y colonizador insigne, de una filantropía y talentos extraordinarios, e intachable servidor público. Quedan de esas virtudes los más gratos recuerdos en el país, cuyos progresos efectivos promovió infatigable.

En ese tiempo, bajo sus auspicios se establecieron diversas industrias (de cerámica de vidrios en Tarata; de tejidos diversos, en los obrajes de Sacaba y Ulincati, etc.). Así gozó Cochabamba, aunque en un lapso corto de tiempo, de una buena administración, mejoró en ornato y salubridad; se desecaron sus pantanos; y fue dotada de una fuente pública.

Juan Carrillo de Albornoz creó la primera escuela de instrucción, construyendo con su peculio un hermoso local propio.

En 1.800, Viedma llevó a cabo la reducción de varias tribus orientales del país, como la de los chiriguanos (dato que suministra el eminente publicista argentino don José Juan de Viedma, de la progenie del inolvidable Gobernador de Cochabamba).

## LA LUCHA CONTRA ESPAÑA

La iniciativa y acción libertadora de Cochabamba fue señalada por acontecimientos memorabilísimos, tanto que al principio de sus gloriosas hazañas, por la emancipación política continental, la célebre “Gaceta de Buenos Aires” estampó en sus luminosas páginas estas palabras: “El Alto Perú será libre porque Cochabamba quiere que lo sea.” Debeladas en 1809 Chuquisaca y La Paz, cuyos héroes sacrificó Goyeneche con crueldad extrema, Cochabamba la “propulsora e indómita provincia” respondió al reto del virrey Abascal, de que, “los americanos habían nacido para ser esclavos, y vegetar en la obscuridad y el abatimiento,” respondió con la popular revolución del 14 de septiembre de 1810, en que el Teniente Coronel Francisco del Rivero, Bartolomé Guzmán y Melchor Villa-Guzmán (alias Quitón), asaltaron el cuartel realista de la plaza de armas, al rayar el día; decidieron a la guarnición a favor de la causa patriótica proclamada, y al propio tiempo que otros animosos patriotas, con gente colecticia del Valle de Cliza y Tarata, engrosada considerablemente por el vecindario de la ciudad, ocuparon ésta, realizándose así uno de los movimientos populares más entusiastas y sin efusión de sangre, con Esteban Arze a la cabeza. El Gobernador-Intendente, J. Gonzáles Prada, que fugó al Perú, y el Comandante de armas Jerónimo Marrón de Lombera, hecho preso, fueron sustituidos por el conspicuo caudillo don Francisco del Rivero, designado Jefe Político y Militar, que “fue aclamado tal por Cochabamba, con una sola lengua, con un solo corazón, como el héroe más esforzado, más respetable y más amado de sus compatriotas,” según expresó el tribuno de la revolución Presbítero Juan B. Oquendo en el discurso del día 23, enviado por el Cabildo a Buenos Aires, adhiriéndose a su pronunciamiento.

Se constituyó una Junta de Guerra, y gracias a ella el movimiento revolucionario alcanzó, el 14 de noviembre del mismo año, los primeros trofeos en la famosa pampa de Aroma, en donde brilló el heroísmo de las huestes bisoñas de Cochabamba, a las que se agregaron dos compañías de patriotas orureños. Arze, comandante en jefe de toda la aguerrida falange, y Villa-Guzmán, que tenía a su cargo la caballería, obtuvieron la victoria del modo más inaudito. Destrozada la división realista del experto Coronel Piérola, mediante armas casi primitivas, dos cañones de estaño y escasas carabinas, chuzos y lanzas, repercutió el triunfo en los ámbitos de los virreinos de Lima

y Buenos Aires que se disputaron desde entonces los dominios del Alto Perú, entre angustiosos trances de suprema expectativa. La fama propaló que los patriotas alcanzaron el triunfo contra fuerzas regladas, tan sólo por su arrojo y rara táctica, de ganar terreno, alebrándose en el quebrado suelo, cubierto de toleras, en el intervalo de las descargas de la fusilería de los enemigos, hasta conseguir lanzarse sobre ellos, luchar cuerpo a cuerpo, destrozando la vigorosa resistencia de los disciplinados veteranos, y poner en fuga a los sobrevivientes del sangriento choque, perseguidos hasta Sicasica, por la caballería de Villa-Guzmán (Quitón). Concluida la batalla, atribuyóse al Comandante Esteban Arze, esta proclama: “Valerosos cochabambinos, ante vuestras makanas el enemigo tiembla”; expresión que, según el General B. Mitre, es “al estilo de la de Leónidas, que recuerda uno de los hechos más gloriosos de la historia americana, y que puede figurar al lado de lo más notable que en su género cuenta la historia del mundo”...

Buenos Aires congratuló a Cochabamba con efusión vibrante de entusiasmo cívico, por su triunfo incomparable: la famosa “Gaceta”, redactada por el inmortal Moreno (compañero de glorias y apologista del prócer cochabambino Dr. Manuel Aniceto Padilla; primer republicano del Alto Perú, y diplomático de la Junta de Gobierno de Buenos Aires en Europa, para auspiciar la emancipación americana) estampó estas célebres y justicieras frases: “Las heroicas acciones de los inmortales cochabambinos, acaban de coronar la empresa más atrevida, que nos hará pasar llenos de gloria a la más remota posteridad. Con la historia en la mano, señalarán nuestros nietos ese lugar de Aroma, en que postrado a los pies de Cochabamba, el último resto de la tiranía, dejó su libertad a la desventurada Paz, teatro de sus carnicerías y al mundo entero una lección en que aprenda, que nadie sabe hasta ahora lo que pueden los pueblos que aman la libertad.”

Cochabamba después de su primer triunfo, que como lo expresó el historiador español Mariano Torrente “trastornó el plan de los realistas,” envió dos divisiones libertadoras a La Paz y Chuquisaca, al mando de Bartolomé Guzmán y Manuel de la Vía, respectivamente.

La que fue a la ciudad del Illimani, consiguió contener al enemigo en la frontera, según expresión de su comandante en jefe. “En seguida (dice Bartolomé Guzmán en un memorial elevado al gran Mariscal Sucre), se dispuso



otra expedición de 800 hombres para socorrer La Paz que clamaba auxilio; con ésta marché revestido del citado título de Sargento Mayor y Comandante, conferido por el General de estas provincias don Francisco del Rivero. En efecto, luego me puse en aquella ciudad, sucumbí una división de enemigos que la oprimía; desahogué a sus habitantes y contuve al enemigo en el Desaguadero, extendiendo mis marchas hasta el puerto de Guaqui, mientras el ejército de Buenos Aires arribó a Potosí con Castelli."

Queda el recuerdo de que aquella bisoña tropa que no se inclinó a recoger una sola pieza de los doblones de oro que, junto con flores, a su ingreso a la ciudad de La Paz (el 18 de diciembre), le arrojara el bello sexo desde los balcones, por prohibírsele el pundonor militar... y una oportuna advertencia de su hidalgo jefe.

Mientras se alistaban combatientes que recogieron los primeros laureles en la altiplanicie con ocasión de un nuevo movimiento popular, el preclaro gobernador patriota Rivero (cuyas virtudes cívicas, con cierta interpretación errónea e insidiosa de los hechos, trató de mancillar después la maledicencia interesada y jactanciosa), decía: "Cochabamba es verdaderamente digna de la alta reputación de que disfruta; en la actualidad, impele a sus habitantes una sola opinión, un mismo voto y una misma heroica resolución, de no existir primero que ser esclavos de la arbitrariedad y el despotismo de los mandones mercenarios, que hasta aquí, han sacrificado la libertad de los pueblos al ídolo de su ambición. La Provincia de Cochabamba ha mostrado la facilidad de reunir, en 24 horas 40,000 hombres de guerra, idénticos en su valor y patriotismo a los inmortales espartanos, que en número de 300 disputaron el paso de las Termópilas a los inmensos ejércitos de Jerjes."

Designio providencial, sin duda, fue el pronunciamiento y triunfo de Cochabamba en aquellos aciagos momentos, en que dominaban en las otras secciones los realistas, ensoberbecidos, inmolando en masa a los patriotas más animosos y teniendo el omnímodo virrey del Perú el plan de cruzar el Alto Perú para subyugar las provincias del Río de La Plata, ahogando la revolución de su capital.

Triunfante en Suipacha el primer ejército auxiliar argentino de Castelli y Balcarce se le incorporó en Chuquisaca el General Rivero con 2,000 hombres

cochabambinos cuya vanguardia, al mando del notable artillero Cosme del Castillo, no tardó en batir al enemigo (16 de mayo de 1811), en Jesús de Machaca.

En la sorpresiva y mal concertada batalla de Guaqui (20 de junio), en que, por la fe púnica de Goyeneche, perdió la acción el ejército independiente, cupo a Rivero rol principal, acudiendo a favorecer a las divisiones porteñas de Viamont y Díaz Vélez, que violentamente atacadas por el enemigo, se habían desbandado.

El Dr. Castelli informó al Gobierno de Buenos Aires que Rivero hizo retroceder a la fuerza española diecisiete leguas, hasta el otro lado del Desaguadero, protegiendo así la retirada de los patriotas.

En seguida tomó rumbo a La Paz (Rivero) con 1,300 hombres, la salvó de una hecatombe y se retiró el 29 de junio a Cochabamba, dejando una guarnición, a preparar la resistencia a las huestes invasoras al mando del Conde de Huaqui, a quien el 13 de agosto presentó batalla con Díaz Vélez, Arce y Guzmán, en Amiraya (Plano de Sipesipe) con unos 6,000 hombres de las tres armas, siendo vencido por la superioridad de los elementos bélicos del monarquismo. El Cabildo en minoría se sometió a Goyeneche, que desde Anocaire contestó manifestando mostrarse tolerante no obstante "los caracteres más sombríos con que se le había pintado," según su propia expresión, e ingresó en Cochabamba, restaurando con gran pompa el estandarte real; y de hecho hubo tregua a las hostilidades.

Rivero se retiró después a la vida privada, falleciendo a poco, de regreso de su finca Sucusuma, en su ciudad natal, Cochabamba, en junio de 1813, profundamente amargado por las decepciones consiguientes a la vorágine pasional en tiempos de crisis revolucionaria.

Después del desastre de Amiraya primero de la región de Sipesipe y consiguiente sometimiento, obligado y momentáneo, el tirano Goyeneche que esta vez fue clemente vencedor, continuó su viaje al Sud; pero apenas trasponía las enhiestas serranías mizqueñas, donde Carlos Taboada, Mateo Centeno y otros animosos patriotas avivaron al movimiento revolucionario, al mismo tiempo que el infatigable Arze (nombrado subdelegado de Cliza), aprestaba nuevos elementos. Antes, entonces y después se

construyeron los célebres cañones de estaño y granadas de mano, en los talleres montados por Rivero y Arze.

Reorganizadas con admirable diligencia las fuerzas de la patria, el caudillo Arze se apoderó de la capital de la provincia (el 29 de octubre de 1811), derrocando a las autoridades dejadas por Goyeneche, que opusieron tenaz resistencia. Quebrantada ésta, fue nombrado por el pueblo Prefecto y Presidente de la Junta de Guerra el ilustre patriota Joaquín Mariano de Antezana, víctima desde entonces de la saña persecutoria del funesto conde de Huaqui.

Esteban Arze, General en Jefe de las tropas revolucionarias, hizo dos expediciones militares inmediatas, con distinto resultado: una sobre Oruro, que fue rechazada con pérdidas por González-Socasa (16 de noviembre de 1811), en reñidísimo combate librado en aquella ciudad, y otra sobre Chayanta, saliendo victorioso en Caripujo y Agua de Castilla, y volviendo a Tarata a principios de 1812.

La nueva revolución cochabambina, como la primera, vino inesperadamente a desconcertar los planes de la dominación española, y Goyeneche, ciego de ira, suspendió su marcha a Buenos Aires, y proclamó en Potosí y Chuquisaca a sus huestes: Sois dueños de vida y haciendas de los insurgentes! Marchemos a exterminarlos! Y así fue. Las resistencias opuestas durante su regreso librando combates parciales y escaramuzas con los contingentes revolucionarios, destacados por Manuel Asencio Padilla y otros impertérritos caudillos, no fueron bastantes para impedir su campaña desoladora camino de Mizque y Pocona, en la altiplanicie del Quehuiñal, zona en la que, a marchas forzadas, volvió el ínclito Esteban Arze a salirle al encuentro, con un ejército inferior en número, armas (17 cañones de estaño) y escasos pertrechos, siendo éste desbaratado el 24 de mayo de 1812.

Los parlamentarios enviados desde Cochabamba ante el vencedor, consiguieron de éste que dijera: Que la provincia quedaba ante la protección del Rey. Y sin embargo, su paso por los pueblos del trayecto fue aterrizante, incendiando hogares y fusilando a indefensos patriotas: de no seguir haciendo resistencia inútil a un enemigo poderoso, sin contar ya con los elementos preciosos de hombres y armas, pensamiento que dominaba al Prefecto y Presidente de la Junta

de Guerra, Antezana, y al Jefe de las milicias Coronel Bartolomé Pizarro (enviado de Buenos Aires); y la otra, de repeler al adversario, a todo trance y repetir, según lo expresó el inmortal y calumniado Rivero, el sacrificio de Numancia. Esta heroica resolución mantuvo unido al escaso e inerme populacho; pues en esos mismos momentos de angustia suprema y de vacilación, un grupo de mujeres audaces exclamó, como dice Mitre, a grandes voces, en la reunión habida en la plaza pública: “Si no hay hombres para defender nuestra patria, aquí estamos nosotras,” y se lanzaron en desenfrenado alboroto a recoger las pocas armas del parque, recorriendo en actitud airada la población durante ese día y la noche, hasta que, en la mañana del luctuoso 27 de mayo, las próximas colinas de San Sebastián y Alalay, se vieron coronadas de esa gente, osada hasta el martirio, que en número de más de 300 se inmoló en aras de su ideal, desafiando las furias de un aguerrido, implacable y poderoso enemigo, que estalló en cólera, ofendido por la increíble resistencia de una lucha desigual, como era notorio de todo punto de vista, pues los defensores de la pobre ciudad de Cochabamba, no contaban más que con algunos cañones de estaño, trabucos, fusiles de chispa, granadas de vidrio y algunas armas rústicas. El legendario combate de San Sebastián tiene los caracteres de una sublime epopeya, que cubrió de gloria a la abnegada pléyade de esos mártires dignos de la apoteosis. Homenaje de perdurable recuerdo se tributó en América y Europa a las gloriosas heroínas. El ilustre General Belgrano dispuso, que cada noche en las listas de tropa un oficial pronunciase estas palabras: “¡Mujeres de Cochabamba!” y otro oficial respondiese: “Gloria a Dios, han muerto todas por la Patria, en el campo del honor.”

Los días de la ocupación Cochabamba fue incendiada por la soldadesca realista en sus barrios principales; se le saqueó y se consumaron crímenes inconfesables. Capturados los más notables patriotas, fueron decapitados y fusilados en el cadalso levantado en la Plaza de Armas y expuestos sus despojos sangrientos en picotas, en las vías públicas y cerro de San Sebastián. El Prefecto Joaquín Mariano Antezana, como caudillo de esta revolución, no obstante su actitud moderada al último, tanto que se concitó la animosidad de los mismos insurrectos, que le pedían encabece la resistencia, aún sin esperanza de vencer, refugiado en el convento de la Merced primero y disfrazado de fraile después (en la Recoleta), fue reconocido por sus perseguidores



y conducido por Subiaga y secuaces ante Goyeneche (por la calle hoy España), cargando cadenas y sufriendo ultrajes. En presencia del tirano, que le instó a abjurar de sus errores, rechazó entrar en conciliaciones; por lo cual recibió de aquel una fuerte puñalada y fue condenado al suplicio en patíbulo ignominioso, como reo de Estado. Sábese que saliendo Goyeneche al balcón de madera de la casa de su alojamiento (situada en la esquina Sudoeste de la Plaza de Armas, inmediata a la catedral), le gritó aún: “Viva al Rey, Antezana, y se le perdorará la vida!” a lo que, revolviéndose sereno y altivo, el gran patriota, con noble entereza, replicó: “Viva la libertad de mi Patria!” Goyeneche gritó a los sayones: “No le tiren en la cabeza, que la necesito para clavarla en la picota.” Seguidamente Lombera, jefe de la tropa conducida para sacrificar al prócer, ordenó fusilarlo; y decapitado, se expuso su cabeza, en una pica en la Plaza de Armas (hoy del 14 de Septiembre); siendo arrastrado su cuerpo hacia la Coronilla y suspendido en cruz, por mucho tiempo, para escarmiento de insurgentes o rebeldes a la “dulce autoridad de S. M. el Rey nuestro Señor Natural,” como rezan los documentos. Igual cosa se hizo con las cabezas de Agustín Ascuy (asesor letrado del Prefecto Antezana), José Domingo Gandarillas, Manuel Ignacio Ferrufino, José Manuel Lozano, Luxán, Zapata y otros. Los más de estos horribles atentados de lesa humanidad, se consumaron en el día santo del Corpus Christi, por aquel que aparentaba religiosidad. Una comisión purificadora, compuesta de Cañete, Imaz (el irascible y sanguinario) y Barriosábal, llenó a satisfacción del cruel Conde de Huaqui y Marqués de Viluna (que murió en la Metrópoli dos décadas después, colmado de honores y riquezas), su odioso y ruin cometido, enviando al patíbulo muchas víctimas, de que sólo quedan recuerdos tradicionales. No ha mucho se ha averiguado que Bartolomé Pizarra (que promovió la insurrección del país enviado con el segundo ejército auxiliar argentino, en Mizque y otros lugares), perseguido con saña había sido ajusticiado el 4 de junio. El 10 retiróse Goyeneche satisfecho de consumir tantos atentados y crímenes injustificables, con dirección a Potosí, dejando en Cochabamba con una fuerte guarnición a Lombera. Se proponía aún pacificar las provincias del Río de la Plata, incitado mayormente desde Montevideo por Vigoldet, nombrado virrey en reemplazo de Elío.

Los historiadores realistas como los independientes, especialmente los argentinos, han reconocido las consecuencias trascendentales

de las insurrecciones cochabambinas producidas hallándose las provincias del virreinato en completo abatimiento. Importa reproducir sólo un fragmento de la obra del eminente Sarsfield, que dice al respecto: “Al desastre del Desaguadero le siguió la sublevación de Cochabamba, aquel hecho heroico que tanta influencia tuvo en nuestra suerte. Cochabamba detuvo por un año al ejército español hasta la muerte de Antezana, ilustre gobernador de aquella provincia. La historia de Cochabamba es bastante para demostrar la energía del espíritu de todos los pueblos del virreinato. Arze es vencido por Goyeneche, pero ni por esto se acobardan los patriotas de Cochabamba. El Gobernador Antezana forma una 2ª. Línea en las orilla del pueblo, y en ellas estaban las primeras matronas, las primeras jóvenes de AQUELLA CIUDAD QUE PELEAN Y MUEREN A LA PAR QUE LOS HOMBRES. Cuando el famoso caudillo Lanza refería en Córdova los hechos de Cochabamba no había hombre que no creyera que ese ejemplo había de repetirse en los pueblos del Río de La Plata”...

Las notables victorias del ejército de Belgrano, en la Argentina, se debieron indudablemente, en gran parte, a que Cochabamba, impidió con sus heroicos levantamientos que Goyeneche, con todo su poderío militar, se lanzara sobre las provincias del Río de La Plata.

Mizque, que un tiempo tuvo notorio esplendor, sirvió la causa de la libertad con entusiasmo. Su ínclito caudillo Carlos Taboada, después del desastre del reducido ejército de Esteban Arze en el Quehuiñal, unido a éste con el resto de sus fuerzas, expedicionó sobre Chuquisaca, plaza bien guarnecida y cuyas autoridades acumularon cuantos elementos bélicos pudieron, batiendo fácilmente en Molles (Junio) a los mencionados patriotas; uno de los que, Taboada, capturado en Tinquipaya y conducido a Potosí, fue ejecutado, junto con otros cabecillas; y Arze emigró a las Provincias del Sud, alistándose con Belgrano.

Goyeneche avivó la reacción realista con el sometimiento bárbaro de los independientes. Cochabamba (que desde 1783 en virtud de lo dispuesto en la Real Ordenanza de Intendentes del 28 de enero del anterior año, había sido ennoblecida) fue despojada de la categoría de metrópoli oriental de la vasta provincia y rebajada a cabecera de Subdelegación. La saña del tirano manifiéstase así después de desolarla, prevalido de poderes e instrucciones del irrisorio





Plaza Mayor Real Don Carlos III (Hoy Plaza 14 de Septiembre)  
Fuente: [www.bicentenario.cochabamba.gov.bo](http://www.bicentenario.cochabamba.gov.bo)

Marqués de la Concordia (el impolítico Virrey Abascal), y por ello desde entonces fue segregada Santa Cruz de la Sierra, a la que se dio el rango de Intendencia o provincia distinta, y entregada al teniente coronel José Miguel Becerra, quien, como jefe de la reacción realista cruceña, mereció el título de Gobernador-Intendente y Capitán General de la nueva provincia y sus fronteras.

Gerónimo Marrón de Lombera oprimió a Cochabamba hasta el 11 de marzo de 1813, en que evacuó la plaza, yendo a reforzar a Pezuela contra Belgrano, y fecha en la que Francisco Recabarren, gobernador designado por la Junta General de España, tuvo a bien proclamar la independencia y poner el hecho en conocimiento del general argentino, que avanzaba sobre el Alto Perú, teniendo como vanguardia, después de las victorias de Tucumán y Salta, a una pléyade de hijos de Cochabamba. Según Recabarren mismo, Cochabamba se encontraba desde hacía algún

tiempo fuertemente acechada por el impertérrito y simpático caudillo Melchor de la Villa y Guzmán (Quitón). El Dr. Miguel José Cabrera (auditor de guerra, cuando la campaña triunfal de Aroma con Arze y Guzmán) fue nombrado Gobernador-Intendente y activó la organización de un brillante contingente, que con el coronel rioplatense Cornelio Zelaya a la cabeza, marchó a incorporarse, después de la derrota de Vilcapujio, al ejército auxiliar argentino, salvando a éste de su total ruina, una vez ocurrido el desastre de Ayuma (14 de noviembre de 1813).

El general J. M. Paz y otros eminentes historiadores argentinos afirman, que la caballería cochabambina dirigida por el bravo Zelaya protegió hasta el último la retirada del ejército patriota, que de otro modo habría sido destrozado por completo.

El nuevo gobernador de Cochabamba, General Álvarez de Arenales, ante el gran triunfo de las



armas de la monarquía, alcanzado en dos batallas campales, por el experto general Joaquín Pezuela, jefe del ejército español del Alto Perú, resolvió hacerse fuerte en las regiones orientales; y tras algunas refriegas en Postrer Valle, San Pedrillo y otros lugares, presentó batalla a sus soberbios perseguidores, en el campo de La Florida, cerca del pequeño río Piray, consiguiendo una victoria espléndida el 25 de mayo (no el 12 de marzo como han escrito Urcullo, Viscarra y otros historiadores), de 1814. La vanguardia patriota fue comandada por Ignacio Warnes; el ala izquierda, por José Manuel Mercado, ambos con contingentes cruceños; y ala derecha por el coronel Diego de la Riva, jefe de una numerosa división cochabambina. El jefe enemigo, don Manuel Joaquín Blanco, quedó en el campo con más de cien combatientes de sus filas y otros tantos prisioneros. El gobierno de Buenos Aires decretó el uso de un “Escudo de Honor” para los vencedores, reconociendo el “heroísmo de los cochabambinos y demás patriotas.”

Derrotado Belgrano en Ayoma, el vencedor Pezuela fue dueño absoluto de los destinos del Alto Perú; pero pronto Buenos Aires envió un nuevo ejército auxiliar, al mando de Rondeau, que después de algunos encuentros sufrió en Vilhouma (segunda batalla próxima a Sipesipe en Cochabamba), un sangriento desastre el 29 de noviembre de 1815. A esta acción, entre otros contingentes, concurrió la bizarra división cochabambina de Arenales, de vuelta de Santa Cruz y Chuquisaca.

Aquella gigantesca lucha tomó caracteres más sombríos. El territorio altopperuano, se convirtió en un teatro de carnicerías. Los guerrilleros, sin obedecer a un plan concertado, mantenían en todas partes el fuego de la insurrección, y los dominadores victoriosos, en jornadas conceptuadas como decisivas, parecían proponerse exterminar a los insurrectos, adoptando medidas de terror. No hubo suspensión de hostilidades, y la legendaria guerra de montoneras se hizo siempre con ardor indeclinable.

Con el rigor extremo se quería impedir que se independizasen las colonias. Se crearon tribunales, titulados de purificación, que enviaron al patíbulo innumerables víctimas; la confiscación de bienes, suplicios durísimos y otros excesos se sucedían cotidianamente. Ocupada nuevamente Cochabamba por los realistas, hombres y mujeres fueron objeto de

persecuciones y castigos crueles. Así, resonó fuera de América el hecho siguiente: Antes de la acción de Vilhouma, una de las más encarnizadas refriegas de esta titánica contienda, el cuartel de veteranos fue tomado por un grupo de mujeres valerosas, quienes remitieron a los prisioneros ante el general Rondeau; pero derrotado éste, y perseguidas y capturadas aquellas, fueron condenadas a la horca doce de las cabecillas, exclamando todas, al rendir la vida por la noble causa de la libertad americana “Viva la Patria! Viva...”

Entre las heroínas notables de Cochabamba, que tuvieron participación entusiasta en diversos y memorables sucesos, recuérdase a Manuela Gandarillas, Pascuala Oropeza, Josefa Montesinos, María Saravia de Lanza, las Parrillas y otras, de ejemplar civismo y abnegación sublime.

Bajo el imperio de circunstancias relativamente favorables, y en medio de la disensión de Artigas con Buenos Aires, se convocó por el gobernador independiente de esta capital a una Asamblea General Constituyente, que se reunió en Tucumán el 9 de julio de 1816, y que proclamó la independencia de las Provincias Unidas del Río de La Plata, sin pronunciarse por la forma de gobierno. Sostuvieron la idea republicana pocos representantes, con Fray Justo de Santa María de Oro a la cabeza, influenciado directamente por los luminosos escritos de los eminentes publicistas altopperuanos Manuel Aniceto Padilla, cochabambino, y Vicente Pazos Kanki, paceño. Redactó el acta el secretario del Congreso Dr. Serrano, diputado por Charcas (en español y quechua). Hubo tendencia acentuada, bajo las inspiraciones de Belgrano, de restaurar el imperio incaico. Entre esos diputados, catorce, esto es, casi la mitad, fueron estudiantes de la renombrada universidad de San Francisco Javier de Chuquisaca.

Cochabamba acreditó, en debida forma, según fidedigna documentación (que no conocen sin duda los que mal escriben de los hechos memorables de aquel tiempo), como diputado por la capital al Dr. Pedro Carrasco, médico de amplios conocimientos y ardoroso patriota; como diputado por Mizque al Dr. Pedro Ignacio de Rivera, sabio legista y profundo hombre de ciencia, matemático, minerologista, de preclara prosapia en la Península, pues estaba vinculado al inmortal arzobispo de Lima, Santo Toribio de Magrovejo, según reza en su luminoso memorial

dirigido posteriormente, desde Buenos Aires, al gran Mariscal de Ayacucho y en que consta haber sido también él, uno de los promotores de la insurrección chuquisaqueña del 25 de mayo de 1809, acto inicial de la magna contienda por la emancipación política hispano-americana, junto con otros cochabambinos ilustres, como Miguel José Cabrera y Francisco Vidal. El Dr. Rivera fue signatario del acta y no así el Dr. Carrasco, por hallarse en comisión efectuando arreglos diplomáticos con el Brasil. Ambos y todos presidieron por turno aquel célebre Congreso, que luego resonó en Buenos Aires, disolviéndose tras notable labor organizadora y constitutiva de una gran nacionalidad en 1819.

Años antes, Cochabamba eligió representantes al congreso de Buenos Aires, y éstos fueron, Francisco Javier de Orihuela y Miguel Cabrera.

El comando del ejército realista, después de Pezuela, pasó a La Serna, desempeñándolo mientras la llegada de éste, el general Juan Ramírez y Orozco. Menos empecinado que sus antecesores, mostrose La Serna más humanitario y transigente; hizo una infortunada campaña al Sud, tratando de impedir la organización del ejército de San Martín; pero no pudo pasar del fuerte de Cobos, acechado por los Gauchos de Güemes, que estaban de acuerdo con los contingentes dispersos de los guerrilleros altoperuanos. Odios implacables separaban ya a revolucionarios y mantenedores obstinados de la monarquía española.

Lanza, Chinchilla, Cárdenas, Bustamante (José Benito), Gandarillas, Eusebio Lira, Mateo Centeno, Guamán, José Serna, Coronel Moncada, Rodríguez, mantenían en alto, entre otros patriotas infatigables, el estandarte de la libertad, en sus “republicuetas,” realizando hazañas increíbles, que, como el historiador chileno R. Sotomayor Valdés expresó, “los convirtió aun vivos en héroes de leyenda popular. En el año 1816 fueron sacrificados los principales caudillos altoperuanos, como Manuel Asensio Padilla, digno compañero de glorias y consorte de la incomparable amazona Juana Azurduy de Padilla, el guerrillero Camargo, y otros, habiendo perecido los más de los héroes iniciadores de la gran guerra.

El 20 de agosto de ese año, que fue uno de los más funestos, una fracción de los aguerridos patriotas cochabambinos de José Miguel Lanza,

y su hermano el lugarteniente José Manuel Chinchilla (el mayor) alcanzó un triunfo parcial en Charapaya (campo de las claderas (sic) de la provincia de Ayopaya), sufriendo la derrota el coronel realista Abeleira, que dejó muertos más de 100 hombres.

### **EL CAUDILLO LANZA LLEVÓ SUS TROPAS TRIUNFANTES SOBRE LA ALTIPLANICIE DE SICASICA**

Benavente, Lesama, Manuel Ramírez, Guijarro, Ricafort, Tacón, Espartero, y muchos otros jefes realistas sostuvieron entonces la lucha en el país con obstinación innegable. De aquel año a 1823, concurren sucesos diversos, como un nuevo levantamiento del pueblo indómito de Cochabamba (agosto 1817), en que jugó papel importante el ilustrado patriota Juan Carrillo de Albornoz, que en premio de sus servicios recibió el grado de coronel, expedido por el general rioplatense Güemes, obrando de acuerdo con él, como Lanza y otros. Los encuentros y combates parciales fueron, cual lo asienta un héroe impertérrito de la Asturias altoperuana (Bustamante), de todos los días; así en Ulipicani, Leuque, Coloma, Tapacari, Yrupana, Coripata, Pampa Grande, Santa Rosa, Inquisivi, Hamachuma, Altos de Sigse, Morochata, Mohoza, Arcopunco, Tarata, Buenavista, Malpaso, Totorá, Machaca, Ayopaya, Cavari, Buenavista, La Paz, etc.

Concluida, después de la acción indecisa de Zepita, la campaña de intermedios, de Santa Cruz y Gamarra, en un completo desastre, las tropas de Lanza, que se replegó sobre Cochabamba, se alistaron a resistir al General Pedro Antonio Olañeta; quien, separándose del grueso de las fuerzas disciplinadas de La Serna y Valdés, marchó en su persecución, con gran celeridad. El bizarro patriota argentino José Olavarría, al ir a Cochabamba, con un escuadrón de lanceros, vióse cortado de la división a que pertenecía y evolucionó en el conflicto al través de Yungas, hasta incorporarse a las fuerzas del héroe de Ayopaya. El 16 de octubre (según consta en una proclama de Valdés), las fuerzas de Lanza presentaron batalla en el llano de Falsuri al pie del Tunari, junto con José Miguel Velasco y Pedro Blanco (poco más tarde presidentes de Bolivia). En el parte oficial de la acción, una de las más sangrientas, de esa guerra sin tregua ni cuartel, el general vencedor Olañeta expresó, que los revolucionarios lucharon con infernal obstinación, haciendo justicia a su arrojo. Afirmó Torrente que éstos eran 1,600 y que cayeron 500



prisioneros, inclusive 31 oficiales, quedando el campo cubierto de cadáveres, con 600 fusiles, 600 correajes, 30 lanzas y toda la artillería y pertrechos. Que Lanza tomó camino de los altos de Columi; Blanco de Sacaba y Velasco de Viloma; Olavarría disfrazado fue a dar a Arica y Lima. Bartolomé Guzmán tomó parte activa en ese suceso, así como el coronel Andrés Bascopé.

Repetidas y constantes expediciones hicieron los españoles a las montañas de Ayopaya, Mizque y otras abruptas de Cochabamba a fin de reducir a la impotencia a los núcleos aislados de los independientes, que con correrías audaces y repentinas ponían en continua zozobra a las guarniciones y a los destacamentos desprendidos de la masa del ejército real. Y en esos riscos y breñas se refugiaban las falanges sobrevivientes a los frecuentes descalabros y que se veían faltos de todo recurso, apoyo y esperanzas, ante la saña implacable de las persecuciones y represalias inhumanas.

Sabido es que esa sistemática acción bélica, de oscuras incidencias olvidadas por la investigación histórica, en la mayoría de sus episodios; en que se desplegó una táctica extraña y se singularizó el carácter belicoso e inquebrantable de los nacionales, hizo exclamar más de una vez: "Esta guerra es eterna!"

Los caudillos de Ayopaya (Chinchilla ya no existía, asesinado una noche en Palca a raíz de una discordia), libraron en mayo de 1824 una nueva batalla, de resultado indeciso.

Cuando la guerra doméstica o de la lucha intestina entre absolutistas y constitucionales, que tanto favoreció a la causa de América, propiciando el triunfo definitivo de los grandes guerreros Bolívar y Sucre, los independientes del país contemporizaron con el general disensionista (Olañeta), que pretendía regir los destinos del Alto Perú.

La última revolución cochabambina, proclamando la independencia altoperuana, ocurrió el 14 de enero de 1825, fecha en la que los patriotas, consiguiendo reducir a la guarnición realista, derrocaron al Gobernador Intendente Pedro Antonio Azúa, sustituyendo esta autoridad con el Dr. Mariano Guzmán (más tarde presidente del Congreso Nacional y miembro de la Corte Suprema de Justicia); quien declinó el cargo, reemplazándolo el coronel Saturnino Sánchez, que junto con Casimiro Bellota, José Martínez y José Acuña operaron el movimiento

militar, auspiciando los anhelos de los elementos civiles, que los impulsaron a la realización de aquel acontecimiento inicial que los sucesos de La Paz, Santa Cruz, Chuquisaca, Tarija y Potosí, que definitivamente se pronunciaron por la independencia del Alto Perú, hoy Bolivia. Cochabamba envió una expedición militar, al mando de Pedro Arraya y Bartolomé Guzmán, a Chayanta. Otros patriotas que dieron animoso desenvolvimiento a estos últimos sucesos, fueron Manuel de Moncada, Francisco Vidal, José Benito Bustamante, Andrés Urquidi (que militó en los ejércitos auxiliares argentinos y fue declarado por el Senado de Buenos Aires benemérito en grado heroico y eminente, junto con Melchor Guzmán, Arze y otros paladines memorables). Andrés Cueto, Mariano Ferrufino y Pedro Terrazas, principalmente, acreditando virtudes cívicas nada comunes.

El 29 de enero el general Lanza con un fuerte ejército de todas armas, formando en sus filas cochabambinos, paceños y orureños ocupó La Paz y proclamó la independencia política del Alto Perú, en la misma ciudad y fecha en que su hermano mayor Gregorio fue sacrificado por Goyeneche, al comienzo de la magna contienda. La Paz había sido abandonada días antes por el general Olañeta, que emprendió viaje rápido sobre Potosí, a la noticia de la última revolución de Cochabamba.

Por esa rápida reseña véase cuan importante rol le cupo al pueblo cochabambino durante los fastos de aquel tiempo heroico, génesis de nuestra vida republicana. Honra suya también es, según lo consignó Larrazabal en su monumental apología del Libertador Bolívar y lo esclareció el doctor Federico Blanco F. en 1887, que "fue en la escena de heroicos sacrificios y abnegados patriotas, donde antes que en ningún otro pueblo de Bolivia, flameó por primera vez el pabellón tricolor nacional, emblema de la independencia del Alto Perú."

Sean nuestra admiración y gratitud para esos indomables batalladores, cuyo ardor cívico, arrojo y desinterés no repararon en ningún sacrificio, en la consecución del ideal sublime, de la redención de un mundo, sumido en oprobioso vasallaje. Atletas, próceres y mártires venerados! En la misma proporción en que nos alejamos de esa época providencial, se magnifica ante nuestra vista su obra titánica. Tuvieron la pasión de la justicia y dignidad humana, como fundamento de nuestra soberanía democrática.

